El mejor trabajo del mundo

Juan Carlos Pereletegui

CC by-nc-sa Juan Carlos Pereletegui
loslibrosdebalmenhorn@gmail.com
DOCUMENTO FIRMADO
ELECTRÓNICAMENTE

1

La puerta se abrió con brusquedad.

—Rápido jefe, es Roland otra vez, está como una cuba y la ha tomado con Fremont.

Maurice Leclerc, Jefe de Misión de la Guardia Aérea Suiza de Salvamento, la REGA, se dirige a grandes zancadas hacia el hangar. Es un hombre largo y enjuto, de ojos grises a los que nada escapa y un bigote fino que la edad ya ha blanqueado.

La escena que se encuentra al entrar en el hangar es deplorable: el mecánico Roland farfulla con lengua de beodo un tropel de insultos contra el piloto Fremont, que le escucha con los puños apretados mientras le ordena, inútilmente, que se calle. Flota en el aire un inequívoco olor a *grappa* que proviene de las ropas empapadas de Roland y de un charco a sus pies, cuajado de cristales rotos.

Fremont es un recién llegado a la REGA, joven e intransigente, y no conoce la historia de Roland. El jefe se imagina que lo ha descubierto bebiendo y le ha estrellado la botella a los pies, después de vaciársela encima.

—¡Ya basta Fremont! —ordena el jefe Leclerc en cuanto se hace cargo de la situación—. Ustedes —dirigiéndose a un par de socorristas que observaban la escena sin atreverse a intervenir—: llévense a Roland, denle una ducha fría y un par de cafés bien cargados, lo quiero en mi despacho dentro de media hora.

—¡Pero jefe! —intenta explicarse Roland—...

—Ni una palabra Roland, ¿me ha entendido? —el jefe no levanta la voz, pero hasta los glaciares se quedan fríos con su tono—, ni una.

—Lo siento jefe —dice más tarde el piloto Fremont, más calmado—, sé que usted aprecia mucho a ese hombre, pero esto ha ido demasiado lejos. Es necesario tomar medidas, y si usted y los demás jefes de misión se empeñan en mirar para otro lado, acudiré directamente a la Jefatura de Operaciones.

El jefe lo mira de lado a lado. Conoce bien a los pilotos de esta clase, jóvenes y muy competentes, con ganas de labrarse un futuro. Sirven un año o dos en la REGA para ganar experiencia y hacerse un nombre, y luego dar el salto a una compañía importante, o incluso fundar la suya propia. El principio fundacional de la REGA es salvar vidas, salvarlas sin reparar en costes ni en riesgos, salvarlas sin juzgarlas. El compromiso de

Fremont con este espíritu es tan solo una pose, solo está comprometido consigo mismo, igual que todos los de su clase. Al Jefe de Misión Leclerc no le gusta el piloto Fremont.

—La Jefatura de Operaciones conoce bien el problema de Roland, igual que el resto de jefes de misión, y todos estamos de acuerdo en que Roland seguirá aquí mientras su problema no afecte al servicio, cosa que hemos logrado durante los diez últimos años, así que relájese, nada de lo que ocurra con Roland ensuciará su historial.

—¿Pero a qué viene tanta fidelidad? ¿Qué le deben ustedes a ese hombre?

—No le debemos nada, pero lo que le ocurrió a él, podía habernos pasado a cualquiera de nosotros.

»Hace diez años, Roland era el mejor piloto de helicópteros que yo haya visto nunca, tenía una esposa encantadora y una hija de dos años que iluminaba el mundo cada vez que sonreía, y otra más en camino. Aquel día salió para una misión de rutina, una familia de excursionistas atrapada por una tormenta. Un caso típico, cogieron un teleférico y se dirigieron a la cumbre, sin pensar que estaban a cuatro mil metros, y que aquello no eran las montañas de su casa. Por la tarde sobrevino un inesperado cambio de tiempo, una tormenta de intensidad poco habitual. El operador del teleférico dio el aviso y Roland despegó, pero se encontró con una auténtica tempestad. Por dos veces intentó penetrar en las nubes y las dos se retiró acobardado, sí, acobardado. Había hecho ese trabajo cientos de veces, algunas en peores condiciones, pero aquel día se arrugó. Le atormentó la idea su familia, su hija pequeña, su mujer embarazada ¿qué sería de ellas si se estrellaba? Al final se retiró, en contra de la opinión de la tripulación y de su Jefe de Misión. Inmediatamente se envió otro helicóptero, pero solo encontró los cadáveres de aquella familia. No iban bien equipados para esa altura y tampoco supieron resguardarse adecuadamente. Solo se salvó la hija mayor, de doce o trece años. Fue una gran tragedia de la que ellos mismos fueron los principales responsables, pero eso no importó demasiado. A Roland se le retiró la licencia de piloto. Nunca lo superó, al final su familia lo abandonó y él acabó mirando el pasado en el culo de las botellas.

Los ojos grises del jefe taladraron la cabeza de Fremont.

—A Roland le pesó la responsabilidad de su familia y se dejó llevar por el pánico, como me pudo ocurrir a mí mil veces, o a cualquiera de los pi-

lotos, incluido usted, pero lo ha pagado con creces... Ahora somos lo único que le queda... y seguiremos siéndolo cuando usted se haya marchado a donde quiera que le lleve su ambición.

2

—Gigi, espérame o me perderé.

Gigi detuvo sus noventa kilos de puro músculo y miró senda abajo, hacia Bella, preguntándose, una vez más, qué es lo que había visto en ella. La media hora transcurrida desde que dejaron el Gornergratbahn en la estación de Apenas había sido un sin cesar de ruegos y lamentaciones. Henri y Marie ya estarían al pie del Riffelhorn, equipándose para la escalada. Por un momento pensó en mandarla al diablo y alcanzar a sus amigos, luego volvió a mirar a Bella, su cabellera rubia enmarcando el rostro dominado por una naricilla apenas marcada, y sus formas, algo redondeadas, bien delineadas por la camiseta de malla. Tras ella se alzaba el Cervino, al otro lado del glaciar de Theodul. La figura de Bella se recortaba sobre su cara Este, convertida en un carámbano por las ultimas nevadas, y de la que el tímido sol de diciembre arrancaba destellos de increíble pureza. Ambas, Bella y el Cervino, parecían fundirse en un solo ente, híbrido, por dos veces deseable, pero al que Gigi no prestaba la menor atención. Todo su pensamiento era para la montaña que se ocultaba tras las formas rotundas del Cervino-Bella: el Dent d'Herens. Al ver en su mente la línea sinuosa de la vía de la cara norte sintió un estremecimiento, mitad de miedo, mitad de placer. Luego se acercó a Bella, la tomó de la mano y le dio ánimos para continuar con la ascensión.

Mas arriba, Henri y Marie, efectivamente, ya habían llegado al pie de la arista Oeste del Riffelhorn y habían decidido no esperar a Gigi, convencidos de que, en sus planes para ese día, la escalada no era lo más importante. Marie subiría de primera y Henri le pasaba el material con la precisión que proporciona la rutina. Una de las veces sus dedos se rozaron y Marie dedicó una sonrisa a su marido, pero este esquivó su mirada, como si se sintiera culpable. Dirigió sus ojos hacia el Cervino, pero sin verlo, pensando tan solo en el Dent d'Herens, la fabulosa montaña escondida tras su enorme masa.

—¡Suéltalo de una vez! ¿Qué habéis planeado Gigi y tú?

El rostro ligeramente cetrino de Henri se ruborizó. A Marie le encantaba esa dulce timidez que no había desaparecido completamente a pesar de los años de matrimonio. Durante unos instantes Henri fingió ocuparse de su arnés, luego sus ojos negros miraron directamente a los de Marie.

—La norte del Dent d'Herens... pasado mañana... si se confirma el parte de la meteo.

Marie nota como su corazón se salta un latido. El Dent d'Herens es una montaña formidable, y su cara norte, con sus 1 300 metros de altura y su cascada de seracs, es un objetivo muy exigente. En invernal está al alcance de solo unos pocos. Marie espanta su miedo, Henri y Gigi forman una cordada excepcional y esa ascensión les pondrá en la élite.

Le da un puñetazo amistoso en el hombro, ocultando a la esposa tras el gesto desenfadado del colega.

—Venga, cuenta, ¿cómo lo tenéis pensado?

3

Son las 5 de la mañana, hora de salir. Henri y Gigi llegaron la tarde anterior al Schönbielhütte. La zona libre del refugio está abierta a los audaces que se atreven a retar a la montaña cuando esta despliega todas sus armas: temperaturas heladoras, escasas horas de luz, masas gigantescas de hielo y nieve y súbitos cambios de tiempo que, en cuestión de horas, convierten días anticiclónicos de sol cegador en trampas mortales de viento, nieve y niebla.

El último parte de meteo, consultado en la casa de guías de Zermatt la tarde anterior, pronosticaba 48 horas de buen tiempo en el lado norte del macizo, no así en el sur, donde una borrasca procedente del Golfo de Génova dejaría importantes cantidades de nieve en el Piamonte, aunque no se acercaría más que a las estribaciones de los Alpes. Los dos amigos llevan bastante rato fundiendo hielo sin salir del saco. Beben y comen todo lo que sus estómagos admiten y llenan de té los termos. Esperan estar de vuelta en la madrugada siguiente y, para lograrlo, reducirán el peso al mínimo. En el refugio dejarán los sacos, la comida y el infiernillo. Sin ello, todo lo que les aguarda es frío, hambre y sed. Cuando salgan empezará una cuenta atrás, con su vida al final del tiempo.

Llenos de optimismo dan los primeros pasos por la senda que baja desde el Schönbielhütte al Zmuttgletscher. El potente anticiclón ha provocado un desplome de las temperaturas, que en ese momento rondan los

25 bajo cero. La grava helada del sendero crepita bajo sus botas. La luna brilló al principio de la noche, pero ahora ya se ha escondido y el Cervino, frente a ellos, no es más que una sombra que recorta un cielo cuajado de estrellas. Al girar a la izquierda para entrar en la cuenca superior del glaciar del Zmutt, el Tiefmattengletscher, surge frente a ellos un velo negro sobre el que es imposible adivinar ningún rasgo: la cara Norte del Dent d'Herens, su objetivo.

Mientras atraviesan el Tiefmattengletscher, el cielo comienza a clarear ligeramente por el sudeste, justo por detrás del Cervino, aumentando minuto a minuto la definición de sus aristas. Gigi es sensible al espectáculo, pero lo saborea en silencio, sabedor de que, en los momentos anteriores a una escalada extrema, Henri es aun menos hablador de lo habitual y gusta de cerrarse en sí mismo, como si necesitara reunir toda su energía en un punto central.

Han calculado el horario al minuto, para que las escasas horas de luz coincidan con el tramo del recorrido donde la visibilidad es imprescindible: desde la cota 2 861, el punto donde la pared de la montaña se encuentra con el Tiefmattengletscher, hasta la terraza superior, después de la cascada de seracs. A partir de ahí, la vía es una subida interminable hacia la cumbre, vertiginosa y muy expuesta, pero sin obstáculos reseñables, y puede recorrerse a la luz de las frontales.

A las 8 de la mañana, con la primera luz, se encuentran a pie de vía, en la arista izquierda del gran espolón piramidal que marca la parte baja de la cara norte. Se quitan la cuerda que les ha unido durante la travesía del glaciar. La primera parte de la ascensión es terreno mixto, de roca y hielo, sencillo pero expuesto, y en el que los seguros son inútiles. Si uno cae, la cuerda solo servirá para arrastrar al otro. Son conscientes de ello y lo asumen sin ocultarlo bajo una cuerda meramente decorativa.

A la misma hora que Henri y Gigi inician el ataque a la pared, en el puesto de la policía cantonal de Zermatt el turno de la mañana acaba de hacer el relevo. El oficial entrante lee el parte de meteo recién recibido y frunce el ceño. La perturbación que avanzaba desde el Golfo de Génova se ha hecho más potente y ha ganado velocidad. En contra de lo esperado, afectará al macizo del Cervino, incluida la vertiente norte, y con enorme intensidad. Si sigue con las pautas previsibles, los alcanzará hacia media tarde. El parte ya está distribuido a todos los lugares habituales. El

oficial ordena que se emita un aviso adicional de la policía, desaconsejando toda actividad en el macizo durante los próximos tres días.

Los dos amigos ascienden con rapidez, exultantes. El sol brilla espléndido, las bajísimas temperaturas han consolidado la roca mediocre y el hielo es firme bajo los crampones. Sobre sus cabezas se cierne la pared de nieve de la cúpula del espolón, el primer obstáculo serio. En verano, salvo circunstancias excepcionales, no representa una gran dificultad, pero según se acercan, Henri se da cuenta de que para ellos no será nada fácil. Ha acumulado un enorme espesor de nieve, mucho mayor del habitual, y se han formado espectaculares cornisas, todo un ribete de extraplomos, que se extienden a lo largo del borde superior de la barrera. No se ve ningún punto débil. Ahora sí que sacan la cuerda y montan sólidas reuniones con tornillos de hielo profundamente hundidos en la carne gélida del serac. Tantean sistemáticamente la barrera, pero son rechazados una y otra vez, mientras los preciosos minutos de luz diurna pasan implacables. En uno de los intentos, Henri cree haber logrado el paso. Se encuentra en una postura forzada, con los piolets sobre el frontal de la cornisa. Desclava el piolet derecho para adelantar unos centímetros, pero el izquierdo apenas tiene anclaje y se niega a soportar su peso, lanzándole al vacío. El primer tornillo salta, aunque absorbe la suficiente energía como para que el segundo resista. Henri se golpea contra la pared de hielo.

Gigi le observa inquieto, Henri se frota el hombro izquierdo que se ha llevado la mayor parte del golpe. Levanta el brazo, duele, pero no parece haber nada roto.

—Estoy bien, pero no puedo intentarlo de nuevo, tendrás que probar tú. Yo creo que por aquí hay paso, estaba muy cerca.

Descender hasta la reunión e intercambiar el material lleva su tiempo. Cuando Gigi está en posición, el sol, que había pasado brevemente por encima de la cresta e iluminado la parte superior de la cara norte, vuelve a esconderse. Henri se percata y se preocupa, ya deberían estar en la cascada de seracs, pero prefiere no decir nada para no romper la concentración de Gigi. Este decide intentarlo por el mismo sitio, pero vista la experiencia de Henri, trabaja mas el paso, labrando el hielo cuidadosamente para lograr apoyos firmes para el piolet. El proceso es desesperadamente lento, pero gracias a él y a su mayor envergadura, Gigi logra superar la barrera de extraplomos y montar reunión. Henri ata las mochilas a

la cuerda auxiliar y trepa por la principal a golpe de prusiks. Para cuando los dos amigos se reúnen por encima de la barrera, la oscuridad del valle está ascendiendo, como un mal presagio. Cada minuto cuenta, pero llevan diez horas en marcha y es imprescindible comer algo y sobre todo beber. El té de los termos, todavía caliente, les reanima y ayuda a tragar dulces navideños y barritas energéticas. Con decisión reemprenden la subida por el campo de hielo en dirección a la cascada de seracs que les separa de la ladera de la cumbre. Es un obstáculo formidable incluso en verano, una acumulación casi vertical de gigantescos bloques de hielo que se extiende a lo largo de varios centenares de metros. Se detienen a cierta distancia de la base y observan la cascada en busca de un itinerario factible.

—¿Tú ves algo? —pregunta Gigi.

Henri menea la cabeza con gesto contrariado.

—Quizá el couloir de la derecha —dice sin convicción—, pero la salida no la veo clara.

No parece haber muchas más alternativas así que lo intentan por ahí, pero, tal como Henri se temía, la salida es completamente impracticable. Al final tienen que descender, poniendo el pie en el campo de hielo al mismo tiempo que les alcanza la sombra que sube del valle. En la oscuridad será completamente imposible atravesar la cascada, así que les queda un solo intento. Deciden probar fortuna por un resalte extremadamente difícil, pero que da acceso a una brecha-chimenea que parece ofrecer buenas posibilidades, al menos durante algunos metros. Henri todavía tiene el hombro dolorido así que la tarea de forzar el resalte recae en Gigi. Le lleva mucho tiempo y ya está muy oscuro cuando pone el pie en el fondo de la chimenea. Es imposible ver lo que hay por arriba, así que deja una cuerda fija y desciende al campo de hielo. El vivac, que tanto habían tratado de evitar, es irremediable, pero tan solo llevan las mantas de aluminio. Excavan una trinchera en la nieve, apenas una tumba. Forran el fondo con una de las mantas y las mochilas y se sientan de frente con las piernas entrelazadas y cubiertas por la otra manta. No se trata de dormir, sino de sobrevivir.

4

Marie hace su propio vivac. Se instala en la sala y enciende la televisión. Los canales pasan en una cascada absurda, sin nada capaz de retener su atención. Intenta no mirar el reloj, pero el de la iglesia la pilla desprevenida y pega un respingo al oír la campanada. La una. Es la hora a la que calculaban llegar a Zermatt, unas 20 horas después de haber salido del Schönbielhütte. Seguro que Henri llamará en cualquier momento para decirle que todo ha ido bien y que ha sido una ascensión magnífica.

Se despierta con un sobresalto, aterida. Se ha quedado traspuesta en el sillón. Se acerca a la ventana mientras mira el reloj: las cuatro de la mañana. Al otro lado del cristal está nevando, copos finos, afilados como vidrios, que un aire duro estrella contra los edificios. Marie empieza a temblar y no es de frío.

5

Henri y Gigi salen de su trinchera, sacudiéndose la nieve acumulada. Las nubes han ocultado las estrellas y la noche es absolutamente negra. La temperatura ha subido algunos grados, pero el viento es fuerte y provoca que la sensación térmica sea heladora. Los copos de nieve se estrellan contra sus anoraks, duros como perdigones. Se obligan a tragar una barrita energética que han conservado junto al cuerpo, para que no se congelara, y ejecutan una especie de danza guerrera en torno al agujero, para desentumecer los miembros y darles algo de calor. Se sienten exhaustos pero contentos: no hay congelaciones. Discuten sobre el cambio del tiempo, su auténtica preocupación. La meteo pronosticaba al menos tres días buenos. ¿Es una tormenta pasajera o se han equivocado completamente? La retirada todavía es posible, pero rapelar los desplomes que ayer tanto les costaron de pasar, y luego destrepar por la peligrosa arista de terreno mixto, les llevaría casi tanto como alcanzar la cumbre y bajar por la vía normal de la cara Oeste. Siempre que la cascada de seracs no se resista demasiado. Gigi es optimista, cree que la chimenea que encontró ayer tiene salida por arriba. Deciden no perder un minuto. Localizan la cuerda fija y trepan por ella, luego Gigi se pone delante y ataca la chimenea a la luz de su frontal. La linterna de Henri no

tiene utilidad, así que la apaga. El interior de la brecha es la oscuridad hecha materia. Oye a Gigi maldiciendo y resoplando mientras sus piolets rebotan en el hielo, tan endurecido que rivaliza con el acero. Siente el roce de la cuerda a pesar de las manoplas y los guantes interiores. La ventisca le mete por la nariz aire cargado de cristales de hielo que, a la vez, le abrasan y le congelan los pulmones.

—Estoy arriba —grita Gigi.

Henri enciende la luz y le echa una mirada al rollo de cuerda a sus pies. La apaga de nuevo y grita:

—Diez metros.

Por toda respuesta llega un golpeteo de piolet clavando tornillos de hielo. Gigi se prepara para atacar la salida de la chimenea. Fuera de la grieta se percibe una vaga sombra en la lejanía. Es la cresta del Wandfluhhorn, que culmina en la Dent Blanche. Comienza a amanecer.

—¡Cuerdaaaa!

Se han agotado los diez metros que restaban, Gigi lo debe saber, pero su voz tiene un matiz de desesperación. Está avanzando, pero en terreno que no permite instalar una reunión. Henri no puede hacer otra cosa que avanzar él también. Desmonta la reunión y asciende por la brecha mientras la oscuridad pasa lentamente de negra a grisácea.

—¡Subo! —grita hacia lo alto.

Sincronizando su ritmo con el de su compañero, para mantener la cuerda tensa en todo momento, alcanza el primer tornillo y se detiene. Gigi no estira.

—¡...uniooonnn...! —El viento, cada vez más fuerte, se come las palabras, pero Henri comprende perfectamente el lenguaje de la cuerda y respira aliviado. Gigi ha podido montar reunión.

Rápidamente extrae el tornillo, da dos tirones firmes y trepa por la chimenea, mientras Gigi recupera cuerda. El techo de salida es brutal y Henri tan solo puede admirar la tenacidad de Gigi, que no se ha dejado vencer. Conviene perder el mínimo tiempo posible y la cercanía ya les permite comunicarse. Le pide que fije la cuerda, prepara los prusiks y se suelta del hielo. Por un instante queda colgado en medio de la brecha, zarandeado por la ventisca, luego, a toda prisa, asciende hasta llegar a la reunión. La claridad apenas alcanza para verse el uno al otro como sombras negras, ajironadas de blanco por la nieve. Se encuentran bajo dos bloques de hielo apoyados el uno en el otro, formando una especie de capilla.

—¿Qué hay por arriba?

—Ni idea.

No pierden un instante, apremiados por la angustia. Ya es evidente que la tormenta no es pasajera y que empeora rápidamente. Sería muy malo quedarse bloqueados en la cascada... sería mortal.

Gigi sigue de primero, ha superado el vivac mejor que Henri, al que las fuerzas parecen haber abandonado. Trepa rápidamente por el triángulo que forman los dos bloques, llega al vértice, pone un tornillo y con habilidad supera el resalte y desaparece por arriba. Durante unos metros asciende a buen ritmo y Henri sirve cuerda esperanzado en que podrán superar la cascada sin más complicaciones. Luego la cuerda se detiene. Durante mucho rato está parada. La comunicación es imposible, el viento se lleva todo lo que sale de sus bocas y les devuelve el aliento convertido en cristales de hielo que se adhieren a las gafas de ventisca. La cuerda se afloja y se tensa un par de veces, luego quiere subir y Henri entrega un par de metros, hasta que se tensa súbitamente y con enorme fuerza. El freno chirría y un par de palmos se deslizan por las manoplas de Henri antes de inmovilizarla. Sabe que Gigi ha volado, pero eso es todo lo que sabe. ¿Se ha hecho daño? ¿Está en condiciones de recuperarse él solo? ¿Podrán continuar? La cuerda es el único canal por el que le pueden llegar las respuestas. Hace rato que apagó la frontal y ahora se encuentra en medio de una claridad lechosa que ya permite ver las nubes por arriba y el Tiefmattengletscher por abajo. Se quita las gafas y mira hacia arriba, alejándose de la pared y estirando el cuello, para intentar ver algo por encima del vértice de los bloques, pero solo divisa la cuerda que se pierde en la blancura del hielo. Al cabo de mucho tiempo, cuando ya está a punto de desencordarse y subir a por su amigo, la cuerda empieza a caer a sus pies. Gigi está bajando.

—Imposible salir por ahí —le dice cuando se reúnen de nuevo—. Afortunadamente la caída ha sido limpia y no me he golpeado.

Ahora la retirada ya no es una opción, tienen que salir por arriba. No queda más remedio que atravesar en busca de un paso. Gigi cree que es más factible hacia el Oeste, a su derecha. Han perdido la noción del tiempo. Es complicado mirar el reloj, enterrado bajo las enormes manoplas de tormenta. De nuevo Henri sirve cuerda, los cuarenta metros, pero ahora Gigi no sube, simplemente flanquea hacia la derecha buscando un camino hacia lo alto. Cuando por fin la cuerda se detiene, recoge rápida-

mente y se reúnen al pie de un altísimo serac vertical, ligeramente extraplomado en la parte alta.

—¿Por aquí? —pregunta Henri, asombrado.

—Ya no hay más, la roca está un poco más allá. O es por aquí o retrocedemos todo y probamos por el otro lado.

Henri mira el muro con desconfianza, no cree que sea posible subir por ahí, pero Gigi tarda mucho más en convencerse. Después de tres intentos fallidos se rinde al fin. Retroceden hasta la reunión bajo los bloques apoyados y siguen flanqueando hacia el otro lado. La claridad llega a su máximo y comienza a decrecer. Están atascados en la cascada, en medio de la tormenta, sin comida ni agua, consumiendo inútilmente las preciosas horas de luz. Hace rato que Henri funciona en automático. Se ancla, da cuerda y recupera, pone y quita tornillos, pero no es consciente de nada de todo eso, son maniobras profundamente interiorizadas que su cuerpo realiza de forma autónoma. Y ahora también Gigi comienza a dar signos de agotamiento, ha perdido un tornillo, y en otro, después de colocarlo ha olvidado pasar la cuerda por el mosquetón.

A tres largos de distancia de la reunión bajo los bloques apoyados, vuelven a intentar ascender. Primero hay un serac vertical, pero no muy alto y luego la pared se pierde, señal de que se inclina.

Gigi supera el serac sin demasiada dificultad y al poco rato lanza un grito de júbilo.

La cuerda corre con alegría y, cuando le toca subir, Henri ve un couloir largo y empinado, pero practicable, que parece desembocar en la ladera de la cumbre. Son casi tres largos de corredor, del que salen cuando ya la oscuridad empieza a invadir el valle. Apurando sus fuerzas, reanimados por el éxito parcial que significa haber superado la cascada de seracs, enfilan hacia la cima. Les quedan más de 500 metros de ascensión por una ladera de 55º de inclinación, con un viento huracanado que amenaza con arrancarlos del hielo y lanzarlos al glaciar, casi mil metros más abajo. Con todo, lo peor son las 36 horas que ya acumulan sus cuerpos, 36 horas sin apenas descanso, casi sin comida ni bebida y que pesan como una mochila cargada de piedras.

6

El Jefe de Misión Leclerc y el piloto Fremont, de guardia esa tarde, observan indecisos a las dos mujeres que se han presentado en la base.

—Por favor, tienen que hacer algo —suplica Marie.

Ahora tiene los ojos secos, pero es evidente que ha llorado durante muchas horas. Leclerc la observa con afecto, nota su fortaleza, sabe que ya ha dejado atrás la angustia y que ahora está llena de fuerza para luchar por su marido.

—Nosotros no podemos intervenir —dice Fremont—, el Dent d'Herens está en el cantón del Valais, el servicio de socorro allí lo prestan Air Glaciers y Air Zermatt.

—Ya hemos estado con ellos —responde Marie, con rabia—, y se niegan a hacer nada. Dicen que con estas condiciones es imposible volar.

—Y tienen razón, señora —responde Leclerc, poniendo en su voz un toque de compasión—, la policía cantonal ha emitido una alerta desaconsejando toda actividad en la montaña.

—¡Pero no pueden abandonarlos! ¡No ha sido culpa suya! Salieron antes de la alerta, con parte de buen tiempo, ha sido un error de la meteo, ¡Tienen que rescatarlos!

Leclerc se muerde el labio y al fin toma una decisión, descuelga el teléfono y habla durante un rato.

—Air Glaciers confirma que ellos no van a salir, pero no se oponen a que nosotros lo intentemos.

Fremont lo mira asombrado.

—¿No hablará en serio?

—Solo un vuelo de reconocimiento, sin ir más allá de lo razonable. Quizá eso sea suficiente.

El piloto lo mira, parece que va a decir algo, pero se lo piensa mejor, se calla y sale en busca de su tripulación.

Una hora más tarde está de vuelta, cuando ya cae la noche sobre la base y las montañas de alrededor han sido devoradas por la tormenta.

—El techo de nubes en el Tiefmattengletscher es de 3 800 metros, la visibilidad dentro de las nubes inferior a 200 metros; vientos fuertes, con rachas que superan los 100 kilómetros por hora. Hemos visto una huella que salía de la cascada de seracs y se dirigía a la cumbre, pero se perdía en la niebla.

Leclerc informa a las dos mujeres de que esa noche ya no se puede hacer nada más. Bella está como escéptica, como si todo aquello no fuera con ella. Gigi le prometió que estaría de vuelta para Nochebuena, cenarán con su familia para que lo conozcan, y no concibe que una montaña pueda cambiar esos planes. La montaña es un sitio al que se va de excursión, a tomar el sol y respirar aire puro. ¿Cómo puede eso cambiar las Navidades de alguien? ¿Cómo alguien puede morirse en la montaña?

7

Henri y Gigi inician la ascensión del último tramo; la cumbre ya está cubierta por las nubes, pero suponen que se encuentra a su derecha, así que suben ligeramente en diagonal. Cuando la oscuridad está a punto de alcanzarlos oyen un helicóptero entre las nubes, pero no llegan a verlo. Es extraño, los servicios de socorro no suelen volar con este tiempo. Se preguntan si les estarán buscando a ellos, pero no pueden hacer nada. Realmente, aunque pudieran, difícilmente se les ocurriría: están abotargados por la fatiga, el hambre y la deshidratación. Son dos fantasmas blanqueados por la nieve y zarandeados por las ráfagas de viento que suben simplemente porque es la última orden que sus cuerpos han recibido, y no harán otra cosa mientras les queden fuerzas.

La noche los atrapa, encienden las frontales y siguen subiendo hasta que una cresta les interrumpe el camino. La arista asciende hacia su derecha, así que debe ser la Este del Dent. La siguen y poco después llegan a la cumbre. Se abrazan, pero están demasiado agotados para mostrar mayor felicidad. No hay tiempo ni condiciones para foto. Hay que salir de esta ratonera, la vida les va en ello. Ahora ya no es cuestión de dificultad, tan solo de fuerzas y concentración. Descenso por la ladera Oeste, pegados a la cresta, pero evitando dar el rodeo por el Tiefmattenjoch, y luego girar a la derecha, cara al valle, rectos hacia el roquedo Stockji y de allí al Schönbielhütte: sacos de dormir, comida y gas para fundir hielo. No deberían tardar más de seis horas. Henri parece haber despertado al fin, el verse en la cumbre ha reactivado sus últimas energías y cree en la salvación, cree en amar de nuevo a Marie, cree que la vida todavía es posible, pero Gigi se derrumba, ha sido el motor durante toda la ascensión, ha tirado de la cordada, con la fe en la cumbre intacta y ahora que la ha alcanzado, su alma no encuentra motivo para continuar. Henri intenta animarlo, le habla de Bella, «¿Quién es Bella?» le pregunta Gigi, le recuerda

la gigantesca jarra de cerveza que se beberán cuando lleguen a Zermatt, le habla de la Navidad y de la familia, le recuerda que en Schönbiel tienen todo lo necesario para sobrevivir. Gigi delira, se enfada con Henri, pretende que desciendan por el lado italiano, hacia el refugio Albertini, que está 3 200 metros, mucho más alto que el Schönbiel, lo cual es cierto, pero el camino hasta él, con sus tramos de escalada de IV+ les está vedado. Con mucho esfuerzo, Henri logra imponerse y Gigi acepta bajar por la cara Oeste. Inician el descenso en medio de la noche, manteniéndose a la derecha de la arista, de pronto Gigi se derrumba y queda tendido sobre la nieve. Todos los esfuerzos de Henri por reanimarlo son inútiles y tan solo consigue sacarle algunos delirios y palabras confusas. Al final cava un agujero en el hielo, arrastra el cuerpo de su amigo y se echa junto a él. Han pasado casi 40 horas desde que salieron del Schönbielhütte y el agotamiento le vence. Siente que le invade un sopor indistinguible de la muerte y se deja llevar por él.

8

Antes del amanecer, Marie y Bella están de nuevo ante el Jefe de Misión Leclerc, que sigue de guardia. Tiene en su mano un papel: el parte de meteo que acaba llegar. Se lo lee a las mujeres. Es una sentencia de muerte y lo sabe. Bella se echa a llorar como si descubriera en ese momento que Gigi se encuentra en peligro, como si hasta entonces hubiera pensado que todo era parte del juego, una especie de perversión nocturna, y que por la mañana Gigi aparecería con su sonrisa espléndida, con su cuerpo de Hércules, y la acompañaría a comprar los regalos de Nochebuena.

—¿Y usted que piensa hacer? —exclama Marie—. ¿Se quedará detrás de ese escritorio mientras mueren dos alpinistas? ¿Cobrará su sueldo a final de mes como si se lo hubiera ganado? —su voz es aguda y demasiado alta, se encuentra a un paso de la histeria. Su última pregunta muere en un sollozo.

El jefe llama a Fremont y le pregunta si estaría dispuesto a volar. Fremont se niega rotundamente.

—Los de Air Glaciers no van a volar, la policía cantonal recomienda que no se vuele, con ese parte de meto habría que estar loco para volar...

—Hay dos personas que morirán y nosotros estamos aquí para evitarlo, es nuestra razón de existir.

—Lo lamento profundamente, pero yo no puedo hacer nada, no hasta que el tiempo mejore.

El jefe pide a las dos mujeres que le aguarden allí y baja al hangar. Saca a Roland del dormitorio del personal de guardia. Está sobrio desde el incidente con Fremont, lo cual es todo un récord.

—Hay dos montañeros atrapados en la norte del Dent d'Herens —le dice, al tiempo que le entrega el parte de la meteo—. Los de Air Glaciers no van a volar, Fremont no va a volar, y yo tengo a sus mujeres en mi despacho.

Roland lee el parte y se lo devuelve.

—Olvídelo jefe, yo tampoco volaría, suponiendo que tuviera la licencia que no tengo. Vuelva a su despacho y sea amable con las viudas.

Leclerc siente que se le sube la sangre a la cabeza y antes de que pueda contenerse, la mano se le escapa y lo abofetea.

—Haber destrozado su vida no le da derecho a despreciar el valor de las vidas ajenas. Hay dos hombres que van a morir si no hacemos algo, una mujer que acaba de descubrir que está enamorada y otra que hará cualquier cosa por salvar a su esposo. No voy a decirles que no hay nada que podamos hacer, no hasta que sea completamente cierto.

Roland ladea la cabeza y escupe la sangre que le llena la boca.

—Puede golpearme lo que quiera, pero no logrará que crea en milagros, si Fremont no quiere volar, no hay nada que hacer.

—Podemos ir nosotros. Despegaremos con mi licencia y luego le pasaré los mandos.

—También puede pilotar usted.

—Llevo diez años detrás de una mesa de despacho, mis reflejos ya no son los de antes.

—Yo llevo diez años mirando el culo de las botellas.

—Pero todavía es joven y era mucho mejor piloto que yo. ¿No ha pensado nunca en borrar aquel día? En dar marcha atrás a su vida y tomar una decisión diferente. Ahora puede hacerlo. ¿Qué puede perder? ¿Teme que nos matemos?

—¿Y usted? Creo que está a punto de ser abuelo... ¿No quiere conocer a su nieto?

—¿Eso es un sí?

Leclerc regresa a su despacho. Marie firma un nombramiento de voluntaria de la REGA, ocupará el lugar del socorrista. A regañadientes, Fre-

mont acepta actuar como Jefe de Misión. A Bella le aguarda el papel más duro: esperar a solas con sus pensamientos.

Mientras Roland pone a punto el helicóptero, Leclerc llama a su mujer.

—Voy a salir en vuelo con Roland.

Ella sabe perfectamente el significado de esas palabras. Cuando su marido está de guardia no pierde detalle de la meteo. Mil preguntas se agolpan en su mente, pero solo dice:

—¿Con Roland?

—Hay dos hombres en peligro y nadie quiere volar... es mi trabajo, es a lo que me dedico, es lo que hago, es lo que quiero hacer, no lo cambiaría por nada del mundo...

—Lo sé, lo sé, y lo entiendo, sabes que siempre he estado a tu lado, solo que ahora... llevas tanto tiempo sin volar... lo mismo que Roland... ¿has pensado en Joss? Sí, seguro que lo has hecho...

—Por supuesto, por supuesto que he pensado en Joss y en su hijo... nuestro nieto. ¿Está despierta?

Cuando el jefe Leclerc está de guardia su mujer duerme en casa de su hija.

—¿Papá, qué ocurre? Mamá dice que vas a volar... ¿con este tiempo? En las noticias dicen que se ha prohibido el vuelo en toda la región.

—Eso es para los vuelos comerciales, para nosotros es solo una recomendación, hay dos personas en peligro...

—Pues que vuele otro papá, vas a ser abuelo, tienes que conocer a tu nieto, estar con nosotras, no puedes abandonarnos de esta manera.

—No os abandono hija, tienes a tu marido y a tu madre, y seguro que yo volveré y traeré de vuelta a dos hombres que algún día también serán abuelos.

—Eso me da lo mismo papá, no eres el ángel de la guarda, no puedes salvarlos a todos, tienes que dejar que sean otros los que se encarguen, ya no tienes edad de asumir esos riesgos...

—No puedo salvarlos a todos Joss, solo a los que puedo salvar, y a esos no pienso fallarles; cuídate hija mía, seguro que todo va bien.

9

Tal como han anotado en la hoja de la misión, Leclerc toma los mandos y pone rumbo al glaciar del Zmutt, de lo contrario habría infringido el reglamento. Cuando se están acercando, comunica al Centro de Operaciones que se siente mareado y que va a ceder los mandos al mecánico Roland, que viaja como asistente de vuelo. Como Jefe de Misión, Fremont se limita a tomar nota del hecho y de la hora, sin hacer comentarios. El techo de nubes es muy bajo y nieva con intensidad. Remontan el Zmuttgletscher a ras de hielo, si suben se meterán en la niebla y será imposible orientarse. Volar a tan baja altura es difícil y peligroso. Cualquier turbulencia puede hacer que el aparato caiga unos metros como si fuera una piedra y se estrelle contra el hielo, pero Roland no ha perdido el instinto que le convirtió en el mejor piloto de los Alpes. Presiente las turbulencias, sabe leer el glaciar y el hielo, parece hermano de la tormenta y se confabula con ella para guiar el helicóptero sin una vacilación, sin un fallo. Leclerc le admira como admira a un violinista excepcional. Lleva diez años soñando con recuperar al piloto, con salvar al hombre... Como le ha dicho a su mujer, es su vocación, nunca ha deseado hacer otra cosa. Dan un par de pasadas sobre el Schönbielhütte. La cordada de socorro enviada por la policía cantonal les hace señas de que no hay rastro de los alpinistas perdidos. Si quieren recuperarlos, tendrá que ser cuerpo a cuerpo con la montaña. No esperaban otra cosa.

Dejan el Stockji a su derecha y entran en el Tiefmattengletscher, primero inspeccionan la parte baja de la cara Oeste, la ruta de bajada, pero allí no están.

Leclerc contacta con operaciones.

—Hemos inspeccionado el refugio y la vía de salida, con resultado negativo. Nos vamos a adentrar en las nubes, guiándonos por la vía de ascenso de la pared norte. Haremos el mismo recorrido que han realizado los alpinistas.

—Como Jefe de Misión se lo prohibo totalmente, es demasiado peligroso.

—Oído Fremont, no olvide anotar su negativa en la hoja de la misión, corto.

Roland se deja guiar por Marie, que lleva una foto de la ladera sobre la que Henri había marcado la vía. Se acerca al lado izquierdo del espolón triangular y, muy lentamente, toma altura, siguiendo la arista. En cuanto entran en las nubes la visibilidad se reduce a 50 metros o menos, por lo que Roland tiene que mantenerse muy cerca de la montaña, tanto para

no desorientarse en la niebla como para que Marie y Leclerc puedan inspeccionarla en busca de huellas de los dos alpinistas. Superan la zona rocosa y se alzan sobre la barrera de cornisas que dan acceso al campo de hielo. Roland hace zigzaguear el helicóptero para cubrir toda la superficie y no tardan en dar con la huella. La nieve es fina y dura, ventisca, y el viento sopla con fuerza, por lo que la huella no se ha cubierto del todo. La siguen hasta el pie de la barrera de seracs donde descubren la trinchera del primer vivac. Roland acerca el aparato hasta medio metro del suelo y Marie salta para asegurarse de que está vacía. Vuelve al helicóptero con gesto contrito y reanudan la búsqueda. Por el informe del primer vuelo, que había descubierto una huella por encima de la cascada de seracs, era de suponer que habían superado ese obstáculo, pero es preciso confirmar todas las pistas.

La cascada es un caos en el que resulta imposible buscar. Si están allí, nunca los encontrarán, así que, después de un par de pasadas deciden continuar la búsqueda en la ladera superior. Ya están muy por encima de los tres mil metros y el helicóptero empieza a acusar la liviandad del aire. Cada vez es más inestable y se ve más afectado por las ráfagas de viento. Siguen con vida gracias a la habilidad de Roland, a su instinto y a su capacidad para leer la tormenta. Leclerc sabe que cualquier otro piloto, incluido él, se habría estrellado hace rato. Puede entender que si aquel día fatídico de hace diez años, Roland dudó por un momento de su magia para enfrentar los elementos, no fuera capaz de sobreponerse a la idea de que iba a morir.

El helicóptero salva la cascada de seracs zarandeado por manos de gigante, y barre la empinada ladera encontrando la huella que viera el día de antes la misión de Fremont. Intenta remontarla pero el viento le saca continuamente de ella y la pierde varias veces, pero siempre consigue encontrarla de nuevo. De pronto la montaña se acaba ante ellos, están colgados en la nada, envueltos en nubes. Han superado la cumbre, Roland hace un giro para perder altura e inicia la bajada ciñendo la arista Oeste. De pronto Marie les toca en el hombro y señala al frente, ligeramente a la derecha. Ha visto algo pero se ha perdido. Roland reduce la marcha hasta casi inmovilizar el aparato y lo deja deslizar por la ladera palmo a palmo. Leclerc se estremece. Sabe que el patín del helicóptero debe estar rozando el hielo. Entonces ven lo que Marie había visto: un destello en la niebla, dura un instante, luego se extingue un parpadeo y se repite durante

otro instante, así varias veces. Alguien está haciendo señales con una linterna. Roland no se atreve a acercarse más, porque es difícil saber a qué distancia se encuentra y un golpe de aire podría desplazar el helicóptero varios metros. Desciende algo más hasta apoyar un patín sobre la ladera de la montaña, para darle más estabilidad frente a los embates del viento, mientras Leclerc y Marie saltan y se dirigen a la luz. Henri está de rodillas, enfocando con las dos frontales hacia el helicóptero que oye pero que no ve. Leclerc abre varias bengalas que hunde en la nieve y que proporcionan a Roland suficientes puntos de referencia como para atreverse a aproximar el helicóptero. Marie ayuda a Henri y luego ella y Leclerc suben el cuerpo de Gigi. Es imposible saber si vive o no.

Tres meses más tarde

Gigi y Bella entran en la base de la REGA. Él todavía necesita muletas, le han tenido que amputar varios dedos de los pies, pero le han asegurado que, con la ayuda de un calzado especial, podrá caminar normalmente, incluso volver a la montaña, aunque no han ido a la base para hablar de montañas sino de otro tipo de proyectos:

—Vamos a casarnos —anuncia Gigi a Roland y Leclerc—, y queremos que sean nuestros padrinos.

Leclerc mira a Bella y ve a una mujer diferente a la de hace tres meses, una mujer que ha descubierto la montaña por su lado más crudo y que ha decidido, no solo aceptarla como es, sino aceptar también que hay una parte de su marido que nunca le pertenecerá.

Mientras Roland les da la enhorabuena y les explica que ha recuperado su licencia de piloto, Leclerc mira la foto de su escritorio. Es de su hija con su nieto recién nacido en brazos. Escrito a mano se puede leer: «Yo quiero a mi abuelo porque salva gente». La letra es de su hija.